

Statement sobre proceso de trabajo en Can Serrat

Mi paso por Can Serrat fue más que un tiempo de producción: fue un tiempo de inmersión. Llegué con la idea de cerrar un proyecto —La memoria del paisaje— y me encontré entrando en un territorio desconocido, físico y emocional. La montaña de Montserrat operó como una forma de orden y de sostén: pude recorrer ese trabajo, darle estructura y reconocer sus capas. Pero en ese intento de cierre, algo comenzó a abrirse.

Durante los primeros días soñé con develar, con fragmentar, con atravesar el studio artist. Y así fue. No solo atravesé el proceso de darle un orden al fotolibro, sino también otras experiencias artísticas y vitales. Subí y bajé montañas, me corté el pelo, hice rituales de despedida, me adentré en los caminos del bosque. De a ratos, de a partes, como me adentré en mi propia historia.

La montaña, mis compañerxs residentes y la casa comenzaron entonces a dialogar en mí y conmigo. La luz que entraba en la cocina, el frío de las noches y las cenas compartidas, las piedras encontradas en el camino por el bosque, una rama quebrada en el piso, el romero inundando la montaña, los pliegues de la roca llenos de luz roja y naranja al atardecer. Esas imágenes se fueron acumulando como señales mínimas, y comenzaron a dar forma a un lenguaje.

La convivencia cotidiana fue parte central de ese movimiento. Compartir la casa, los ritmos, las comidas, los silencios y las caminatas fue empapando mi proceso sin que yo lo notara del todo. Escuchar a lxs residentes, a amigxs y a lxs artistas que me rodeaban poner en palabras —y en el cuerpo— sus búsquedas, dudas y procesos, habilitó en mí un movimiento: empezar a nombrar aquello que hasta entonces había quedado en los márgenes, en lo no dicho.

Pasar por el writers studio y observar lo que otrxs conservaban cuidadosamente en sus espacios, los mates, el hablar y volver a hablar, y volver a encontrarnos en los pasillos, en la entrada, bajo el higuero. Ese estar compartido fue dando forma a las palabras que querían brotar de mí y que ya estaban listas para ser nombradas. También habilitó un gesto de apertura: permitir que otrxs miren lo que hago, sostener la exposición y la escucha como parte del trabajo. En ese intercambio, mi práctica se volvió más permeable, más atenta a lo que emerge en el encuentro.

A partir de la pregunta inicial y del ejercicio de los racons, mi trabajo comenzó a desplazarse: de una montaña a la montaña, y a todo lo que esa figura contiene. Aparecieron preguntas en torno al movimiento, la migración y la relación entre memoria, cuerpo y territorio. Preguntas que no surgieron de un plan previo, sino del movimiento mismo de la casa, de la convivencia, del habitar en tránsito.

Ir hacia la montaña todos los días fue también un gesto íntimo de retorno. Caminarla, rodearla, observar cómo cambia con la luz y el clima fue una forma de volver a una memoria no lineal, hecha de pliegues, capas y vacíos. Como la montaña catalana, la memoria se presentó como un territorio a seguir recorriendo y conociendo.

Así como creí haber conquistado un sendero, aparecieron otros, desconocidos. No hubo miedo: les di lugar en mi mapa, en mi territorio, en mi práctica. Allí se abrieron nuevas preguntas, nuevas formas de nombrarme y de nombrar a mi familia, nuevos proyectos. Preguntas que fueron abriendo otras preguntas, otras imágenes, otros recuerdos, otras ficciones. Proyectos que comenzaron a ver la luz al mismo tiempo que algo se replegaba hacia el centro. Como en el otoño/invierno: cae lo que ya no sostiene y queda la corteza, la raíz, el núcleo. Un lugar mínimo desde donde volver a empezar, desde donde volver a crecer, desde donde volver a nacer.

Proyectos desarrollados

La memoria del paisaje - (Fotolibro e investigación)

El paso del tiempo, el cambio de estaciones, las transformaciones en lo que parece estático, permanece estático pero cambiante. La transmutación propia y de la naturaleza, que se enredan en una sola y diversas a la vez. El movimiento físico, que lleva a otros cambios. La luz y la sombra, del verano y del invierno, del estar despierta o dormida. El recordar y dejar morir. ¿Dónde está la memoria en el paisaje?

Este proyecto empezó a gestarse desde la pandemia, como una forma de encuentro con mis fotografías y el lugar donde nací, San Carlos de Bariloche. Fue creciendo a medida que iba buscando respuestas en las fotografías analógicas y escritos que tomé y escribí desde el 2016. Ahí comenzó una búsqueda de quien soy y de cuál es mi hogar, búsqueda que encuentro en las fotografías y en las palabras que escribo, búsqueda que intenta procesar una pérdida de memoria hace 10 años que hace que pierda meses de mi vida y que nazca mi vínculo con la fotografía.

Es esta búsqueda de respuestas, o mejor dicho, de abrir preguntas, lo que me lleva a comenzar a intentar construir una forma de materializar aquello que puede ser tan frágil y tan persistente como la memoria, aquello que se escapa y encuentra formas tan diversas y sutiles de volver a uno, una y otra vez, incluso sin darnos cuenta.

Documentación visual del proyecto



fotografías analógicas toma directa

Texto de muestra

*“Siempre el sol me encandila.
¿Qué espero del paisaje?
El paisaje
me sostuvo y me sostiene.
¿El paisaje es ruido? ¿Es interferencia?
El paisaje muta conmigo.*

*Movimiento, movimiento de evasión, movimiento de encuentro.
Aparece el tesoro que guarde,
¿Qué es lo que escondo en los paisajes? (le obsequio mis emociones)
¿Qué me escondo a mí?*

*Cuando estoy entre el bosque, la soledad no me inunda.
El paisaje nunca se va.
En la naturaleza mi mundo no se desmorona
(solo se transforma).*

*Las olas se abren paso en la tierra, rompen, crean. Yo también.
¿Acaso es una especie de transe? ¿De ensueño?*

*Recojo las flores en los senderos como un intento de reparo, quiero preservar algo
que ya está muerto. Guardo, seco, conservo, cuido. Lo mismo hago con mis fotos.
Las guardo para no perder.*

*Tener un mapa no es encontrar un camino, ¿cual es mi camino?
¿que dejo en el agua? todo lo que no quiero tener conmigo
y no puedo dejar, el agua se lo lleva sin pedirme permiso sin tener que pedir perdón.
Volver no implica volver a pasar por el mismo lugar.*

*¿En qué momento puedo perder todo? ¿puedo intentar no hacerlo?
¿cómo me conecto con mi dolor sin hundirme?
El bosque se quema y así, mis posibilidades de huir.
¿a donde estoy? ¿cómo me sostengo?
Dejo partes mías en cada pisada, en cada mirada y recuerdo que grabo en la luz del
bosque, los dejo en los destellos. Mi sombra aparece en las olas doradas del agua,
aparece, se hace luz ante la luz.*

*El Tronador brilla rojo, ilumina naranja todo a su alrededor.
Me envuelve el sol hasta quemar, lo blanco del Tronador destella.
Llego, arriba, a lo inmenso del acantilado que me recibe. Subo por primera vez
sola al precipicio. Un pájaro me mira a los ojos, me sostiene la mirada y luego
se tira al vacío ¿acaso me está invitando a hacer lo mismo?*

¿que queda sin los brillos?

El desarraigo es una herida que se lleva en el cuerpo - (obra en desarrollo)

Este proyecto en desarrollo aborda la experiencia del desarraigo a partir de una historia de migración familiar forzada durante la dictadura chilena y su desplazamiento hacia Argentina. La serie está compuesta por fotografías analógicas realizadas a lo largo de diez años, entre ambos territorios, dialogando con el archivo familiar reconstruido en fotos y documentos conservados.

Más que reconstruir un relato histórico lineal, el trabajo se centra en la transmisión intergeneracional del desarraigo como una memoria viva, fragmentaria y encarnada en el cuerpo. La migración se presenta no solo como un hecho del pasado, sino como una condición persistente que permanece viva en los vínculos, los movimientos y las formas de habitar el mundo.

A través de imágenes que exploran la relación entre cuerpo, paisaje y archivo familiar, el proyecto abre preguntas en torno al deseo, la pertenencia y la pérdida: ¿es posible elegir un territorio?, ¿qué permanece cuando se migra?, ¿qué peso tiene aquello que se pierde y aquello que se hereda? ¿Cuánto pesa perder?

Textos de muestra

En el bosque, escuché por primera vez, un árbol caerse, romperse, no sé si a la mitad, al medio, por parte o trizas. Escuché el crujir, lo escuché en el pecho, en el cuerpo. De cuando algo se rompe de golpe, inesperado y el silencio que deja a su paso después. El desarraigo es una herida que se lleva en el cuerpo.

Imágenes del proyecto



fotografías analógicas

Frontera - (proyecto en apertura durante la residencia - ensayo de no ficción)

Frontera es un proyecto de escritura de no-ficción que articula memoria y relato, que nace desde una necesidad de aproximarse a una historia familiar marcada por la presencia intermitente de un padre. A partir de fragmentos de diario, recuerdos y reflexiones, el texto ensaya una forma de nombrar aquello que permaneció largo tiempo al borde de la luz, en lo oscuro de lo que se gesta en una familia que no puede nombrar.

La escritura aparece como un gesto de exploración, donde lo íntimo aparece de manera fragmentaria y en tensión, con el deseo de habitar el límite entre memoria, lenguaje y vacío. Frontera se plantea como un territorio abierto, una tentativa de encontrar una voz propia y una forma sensible de narrar la herencia, la presencia ausente y sus resonancias. Una obra en proceso que bordea la luz en el vacío, buscando una forma de lenguaje allí donde siempre hubo silencio. ¿Qué forma tiene el dolor?

Textos de muestra

*“el primer recuerdo que tengo
en la memoria
es en el jardín,
viendo un corazón de vaca,
puesto en una mesa
un corazón de vaca
al descubierto
cortado en dos,
una vena roja y azul
un corazón.”*

El otro día en una caminata por la montaña, agarré una piedra del piso, la guardé en la mochila y ahora está en mi escritorio. Es una piedra grande, roja, rugosa, una piedra que tiene un agujero en el medio, una marca, un vacío. Sólida. ¿Qué forma tiene el dolor?

Se prepara para cortar el pasto, dudo en si acompañarlo. Camino con él, en un momento me cede la cortadora, me enseña cómo avanzar, como retroceder, cómo cortar la maleza. Me cuida en el proceso, si tan solo supiera que ya me enseñó a avanzar de miles de maneras. Lo dejo guiarme por el patio, me pregunto si esto se siente ser hija. Aliviar un dolor que yo no causé.

Levantaron la parte de afuera, los cimientos de la casa. los bloques, la forma de un hogar, la cáscara. Veo las fotos que mi mamá sacó de ese proceso, levantar las paredes, levantar los bloques, mi papá armando una pared. Mi papá armando una pared. Mi papá armando una pared. Lo único que quedó de esa casa fue ese rollo revelado en un álbum del 97 que conservó mi mamá en un cajón.

*La cáscara de un hogar se encuentra entre
la luz y el vacío de una foto.
¿Cómo se construye uno?*